

# El retiro

— Mamá, tengo que ir a la reunión. Déjame ir. A todas las demás se les va a hacer muy raro que no vaya.

- No vas.
- Mamá. . .
- No, Leticia.

Paula guarda las sábanas dentro del gran ropero. Las acomoda una por una contándolas para cerciorarse de que la lavandera no le ha entregado una de menos. Con su bata de flores, pronto irá otra vez a meterse en la cama para reanudar su lectura de los evangelios.

— ¿Mamá?

Leticia la enerva con su continuo tarareo y su rostro compungido:

— ¿Ahora qué?

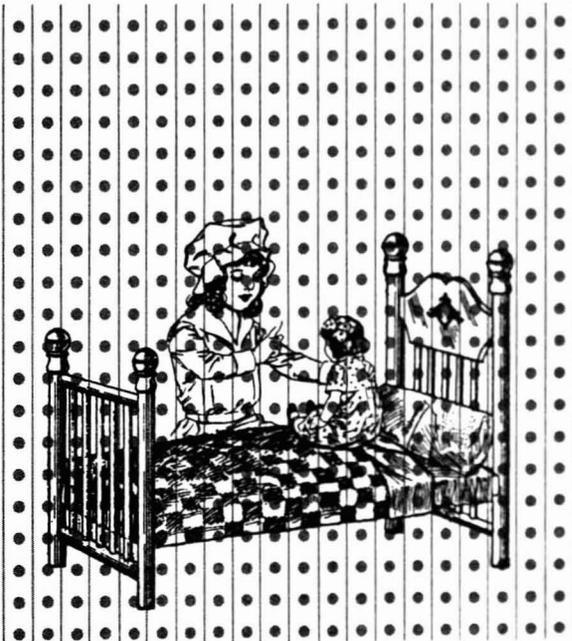
— Nada más a la instrucción de las cuatro. Regreso dentro de una hora. Lo veré con las demás niñas. ¿De qué te preocupas? Esta es la última junta y si no voy, las demás. . .

— Pero ¿qué necesidad tienes de ver al padre después de lo que te hemos dicho? A ver, cuenta aquellas fundas. Sirve de algo. . .

Paula tiene una privilegiada facultad para distraerse cuando algo se vuelve grave. Si Leticia llega con alguna noticia importante para ella, Paula la interrumpe a medio camino con un "Mira nada más cómo andas. Tienes la manos sucias. Ve a lavártelas".

— Mamá el padre no puede imaginarse que ustedes me lo han contado todo. No tenemos por qué hablar de ello. Además, después de que tú le cerraste la puerta, estoy segura de que no querrá hablarme a solas.

Leticia emplea toda la astucia de la niña



consentida acostumbrada a conseguir lo que quiere. Su madre ha estado enferma y su voluntad flaquea. Además Paula siempre se deja convencer por sus hijos.

— Mami, mamita no te preocupes, ya estoy grande, hoy vamos a despedir al padre, eso es todo. ¿De qué tienes miedo? Vamos a estar allí todas reunidas y si yo no voy las demás dirán. . .

— Ya, ya, Leticia, me lo has repetido veinte veces.

Paula se sienta y se pasa la mano por la frente pálida. A Leticia la invaden bruscos remordimientos:

— ¿Te sientes mal, mami? Entonces me quedo contigo.

Paula está cansada pero sobre todo quiere estar sola, sola consigo misma y con los evangelios, lejos —siquiera por unas cuantas horas— de esos cuatro seres que dependen tan totalmente de ella que cada uno de ellos por separado significa un problema por resolver. Es como si ocho manos se apoyaran en su espalda, las más pequeñas detenidas de su falda para no caerse y las más grandes cogidas de su mano, recargadas en su hombro, asiendo su brazo. Bajo ese peso, Paula cree desplomarse: "Dios mío, dame la fuerza para seguir adelante. Después de todo Leticia es una muchacha inteligente y ya está grande. . ."

— ¿Me prometes regresar inmediatamente después de la reunión?

— Sí mamá —afirma Leticia con vehemencia.

Paula se levanta:

— Andale pues, vete.

Paula vuelve a meterse en la cama. Pone un chal rosa sobre sus hombros fríos. Allí, al alcance de su mano, encima de los periódicos, están los evangelios. Pero no los tomará hasta que Leticia no se marche. Se está lavando los dientes, luego la cara, luego las manos. Desde el baño grita:

— Mamá ¿puedo echarme de tu agua de colonia?

— Sí.

Paula se exaspera. Está a punto de decirle a su hija que no le da permiso, pero la perspectiva de una escena de lágrimas es insoportable. Después de todo no hay nada malo en que la muchacha le pida agua de colonia. Ya lo ha hecho antes. Leticia entra a la recámara con gotas de agua en el pelo.

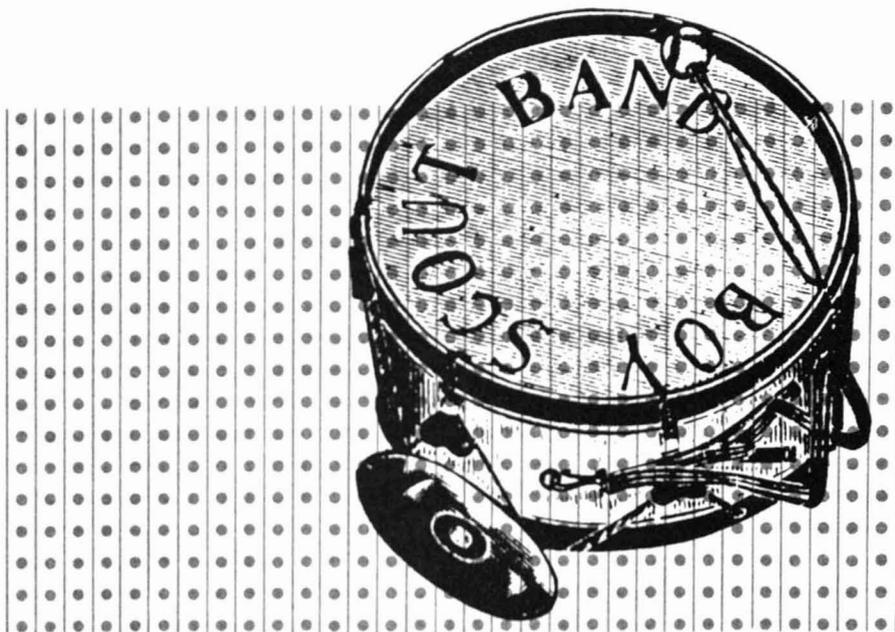
— Mamá ¿no me prestas tus guantes de ante?

— Bueno, (y por costumbre añade) Te brilla la nariz.

Leticia se polvea la nariz. Luego besa a su madre, rápidamente, sin fijarse siquiera en donde cae el beso.

— Adios mamá. . . que descanses. Voy a tomar un taxi para no llegar tarde.

Dentro de su cama, Paula se siente inquieta: "No debí dejarla ir. Pero después de todo ¿qué puede suceder en pleno día? Leticia estará con quince muchachitas sorbiendo las palabras de despedida del eclesiástico." Paula encoge las piernas. Habla consigo misma. Desde niña se ha contado historias; desde



niña sueña historias. ¿No será esta una nueva historia? Paula se acusa y se defiende hasta que se cansa. Alarga la mano y bebe un poco de agua. El chal ha caído de sus hombros. Se arrellana en las sábanas y toma los evangelios ese libro rojo y flexible y lleno de hojas de oro. En cada página, Paula descubre un mensaje para ella sola. Todo tiene un carácter personal y misterioso. Lee con fruición, llena de gracia. Muy pronto se hunde en los campos de trigo, en la hierba buena que crece al borde del camino de Galilea, en los olivos y las palmas de Jerusalén. Está al borde del lago de Tiberiades presta a caminar sobre las aguas al llamado del Señor cuando mecánicamente prende la lámpara para poder seguir leyendo. Entonces se pone nerviosa. A duras penas desgarrar su pensamiento del mundo apenas entrevisto: "¿Algo me falta... algo me falta... me siento trunca!".

Leticia no ha llegado.

El padre preside la larga mesa de trabajo, alrededor de ella se amontonan las sillas. La reunión está más concurrida que nunca pues es la última instrucción de la temporada. El sacerdote recorre el cuarto y encuentra a Leticia. No le sorprende que la muchacha haya venido. Después la llamará. Leticia por su lado se siente decepcionada de que el sacerdote se vea sano, mejor que de costumbre. Hasta le parece más gordo. Su cabellos mojados y alisados por el agua están jalados para atrás, su corbata bien anudada. Leticia esperaba ver a un hombre destrozado y abatido y se encuentra con un apóstol sonriente dentro de un cuarto blanco, casi luminoso.

La plática es agradable. Entran grandes rayos de sol y las mujeres toman notas en unas hojas blancas. El eclesiástico respira uniformemente, habla con cariño, con verdad. Todo tiene un aspecto sencillo,

natural, muy distinto al de antes. En las paredes cuelgan letreros reconfortantes, máximas y lemas de "Scout, siempre listo", "Siempre más alto", "Hermanos del mundo", "Un scout es siempre puro, un scout sirve a su patria". Además un cartel del Turismo Francés, "Vinos y quesos de Francia" habla de la alegría de vivir y otro de un campo amarillo y de las murallas de un viejo castillo de la perenidad de la vida: "Le Languedoc". "Algún día iré al Languedoc", piensa Leticia. "Algún día también comeré quesos en Androuet." Sin embargo, Leticia se siente molesta por tanto orden aparente. No puede negar la pureza de todo aquello. Susana mueve sus manos debajo de la mesa. Sonríen sus ojos plácidos de vaca contenta mientras rumia su suéter. Por lo visto, las cosas han vuelto a su lugar. Marta también está satisfecha. Su lengua se ha quedado quieta dentro de su boca. María no llegó. No tiene tiempo que perder, aclaró. Las respuestas de las demás no pasan del monosílabo. Todas se ven libres, sus miembros no sufren contracción alguna. Se recargan sobre la mesa, cruzan las piernas; una de ellas tiene el brazo extendido sobre el respaldo de la silla vecina; un brazo dorado por el sol, sano y fresco. Los ojos de las muchachas brillan como vitrales.

Finalmente a las cinco y treinta el padre se despide. El, que nunca se fija en la hora, por primera vez es puntual. Leticia se pone en la fila de las manos tendidas hacia el sacerdote. Algunas muchachas le aseguran que irán al aeropuerto a despedirlo. Otras lo verán en la sacristía de la parroquia después de su última misa. El guarda cada mano entre las suyas mientras dice palabras confidenciales. Las que quedan cerca simulan no oír, en un intento fallido de discreción.

— No piense más en sus padres. Ellos ya vivieron su vida. Ahora la que importa es usted, y una mujer con su temperamento está hecha para el amor.

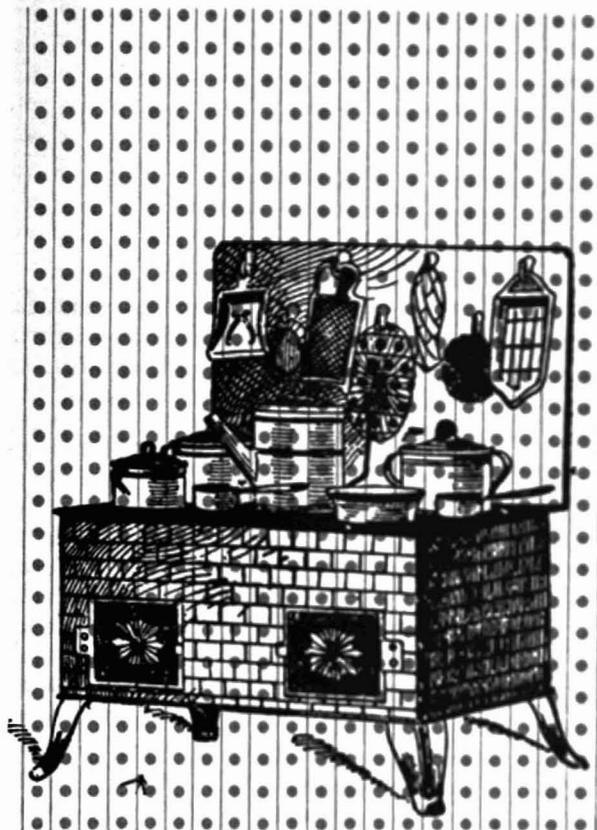
La señorita en turno, sonrosada, balbucea las gracias y recupera su mano de la garra posesiva del sacerdote.

— Usted no debe darle importancia a las promesas. Nunca hay que prometer nada en la vida. Los actos son libres y usted se ha ganado la libertad que merece.

Susana sonríe nerviosamente. Deja caer su maleta y el sacerdote se inclina a recogerla: "Y por favor, Susana, no teja usted tanto. Se le van a enredar los pensamientos." Susana está en el colmo de la turbación, pero ya el padre se dirige a Mónica:

— Cultive su propia belleza. Usted es bella. Siga vistiéndose tan bien como lo hace.

Por toda respuesta, Mónica alisa la solapa de su traje sastre. Le hace al sacerdote una torpe mueca de coquetería. Ha llegado el turno de Leticia. Por un momento piensa escabullirse. Son ya las cinco y cuarenta. Sería una victoria tan grande sobre sí misma irse a tomar un coche y regresar a su casa.



El eclesiástico no le tiende la mano:

— Leticia, necesito hablarle. Suba a mi despacho y espéreme allí.

Las demás le echan largas miradas de envidia. Quisiera responder que su madre la espera, que no tiene nada que decirle, algo así teatral, una de esas respuestas llenas de dignidad y de altanería, pero el padre ya habla con Marta.

Sube la escalera lentamente. Se siente contenta y temerosa porque por fin va a estar a solas con el sacerdote. ¿Debe contarle que la tía Francisca y su madre le han dicho todo? Leticia se detiene bruscamente asaltada por un pensamiento que le impide subir otro peldaño. "Lo que me sucede ahora es quizá lo más importante de mi vida. Es algo así como un signo." La muchacha entra al despacho pero ve con decepción que una señorita de luto espera también. La señorita Vargas parece molestarse ante la intrusa. Saluda a la muchachita con cierta preocupación, como si la hubiera encontrado en flagrante delito. Leticia continúa sintiéndose superior. "Sé lo que ella no sabe. Tengo un secreto. Lástima que no pueda contárselo. . ."

Leticia no oculta su propósito de quedarse a solas con el padre.

— A usted le va a recibir primero ¿verdad? Yo no tengo prisa.

— Yo tampoco. Como mi asunto es largo —y la señorita Vargas sonríe amable y esperanzada—, usted pase primero. Si no, sus papás la estarán esperando en su casa.

A Leticia no le gusta que la señorita Vargas la trate como una menor de edad que tiene que dar cuentas en su casa.

— No, no señorita Vargas. Usted pase primero, usted llegó antes que yo.

La señorita Vargas saca un pañuelito doblado en ocho, un pañuelo bordado de colores y se lo pasa delicadamente debajo de la nariz. Es su manera de

sonarse. Extrae un peine minúsculo de un estuchito pero no lo usa, sólo le da forma a sus dos cucuchos de cada lado de la cabeza, con la yema de los dedos; luego, con el pretexto de peinar sus cabellos hacia arriba, acaricia su nuca. La llegada del sacerdote interrumpe su mano de gato y cierra precipitadamente su bolsa aventando dentro polvera, peine y pañuelo.

El religioso sonríe. Leticia nunca imaginó que pudiera ser tan desenvuelto cuando le dice con una voz realmente encantadora:

— Leticia, espéreme usted por favor en el corredor. Voy a atender primero a la señorita Vargas.

Leticia sale a toda prisa pero ve cómo el sacerdote acerca una silla a su escritorio para sentar a la señorita Vargas. Y alcanza a oír:

— Mi querida Eugenia. . .

Leticia baja al jardín. El corredor es oscuro. En el patio desierto la muchacha dibuja uno de esos juegos que se hacen en el suelo: el avión, y comienza a saltar cada uno de los cuadros. Juega porque el sacerdote al encontrarla le dirá otra vez rebosando ternura: "Leticia eres todavía una niña y esto es lo que más me gusta en ti."

La joven visualiza la imagen, se regodea en ella. Ya no siente rencor alguno hacia el eclesiástico. Su buena salud, su aparente tranquilidad contrastan favorablemente con la exaltación de su tía y de su madre. Leticia sigue brincando sin convicción. Se inquieta. "¿Qué tanto le estará diciendo esa vieja? ¿Cómo se tardan! Qué falta de consideración." Decide subir, lavarse las manos, cualquier cosa con tal de enterarse de lo que está pasando. Ya en el corredor se echa para atrás. No, al baño no. El sacerdote y la Vargas pueden verla salir. Opta por esperar en la única silla del corredor. Se mece. "Tengo comezón." Por fin la puerta se abre, la señorita Vargas estremecida trata de ponerse sus guantes de cuero negro. Abruptamente el sacerdote le estrecha la mano y se dicen: "¡Hasta mañana!" A Leticia le late el corazón muy fuerte al oír:

— ¿Cómo has estado niña Blanca?

Su voz es grave. Sus ojos brillan de nuevo.

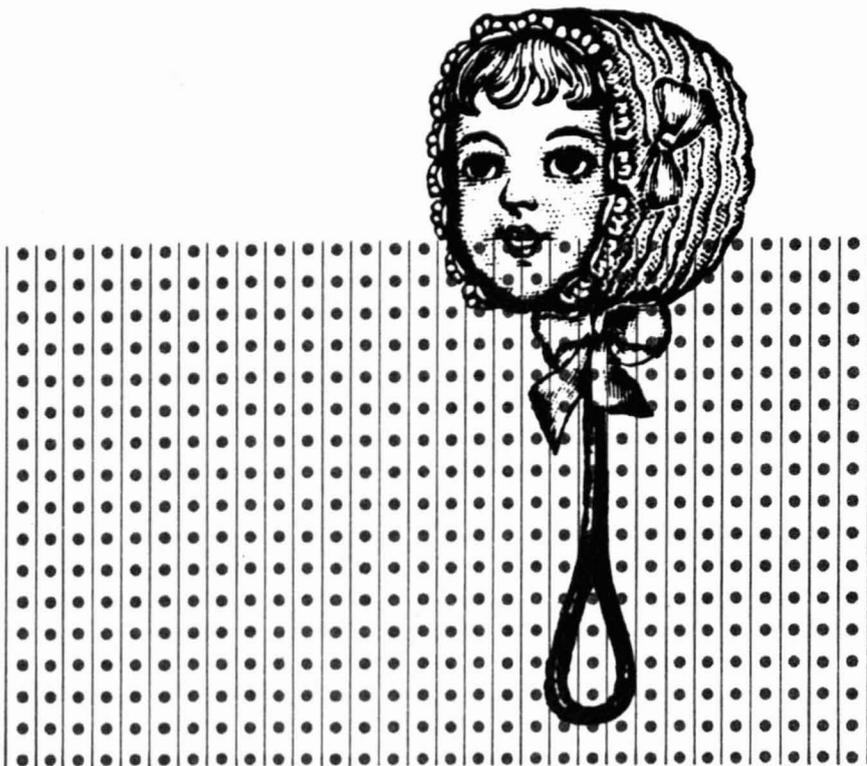
— Bien padre, pero yo no soy la que importa.

Leticia se cae mal a sí misma. ¡Qué imbécil! ¿Por qué decirle eso? Tiembla. No se atreve siquiera a levantar los ojos, con tal de no delatar su emoción. Pero el eclesiástico no parece darse cuenta.

— Tú eres lo más importante que hay en tu casa, Blanca, eres lo más fuerte, lo más joven, lo más sano.

Leticia se siente maravillosamente bien. Un gran calor la invade por dentro y la humedece. Hay que estar a la altura de las circunstancias, el padre la halaga con sus palabras como se acaricia a un gato y ella se acerca cada vez más a sus piernas y se deja electrizar.

El sacerdote prende un cigarro, el cerillo chirria. Cada uno de sus ademanes se suspenden en el aire.



Después de echar el humo lenta e intencionadamente, el religioso vuelve a mirarla de pies a cabeza.

– En tu casa ¿todos bien?

– No padre.

– ¿Ah?

– Mamá se enfermó cuando usted se fue.

– ¿Sí?

– Tuvieron que llamar al médico.

– ¿Ah?

– Le ordenó absoluto reposo. Algo con sus nervios...

– Pobre Paula.

Leticia se encabrita, nadie puede compadecer a su madre, su mamá no tiene que pedirle nada a nadie, su mamá le gana a todos, su mamá...

– Sofía ¿siempre tan bonita?

– Sí padre.

– ¿Francisca?

A Leticia se le incendian las mejillas:

– Bien gracias.

El religioso se levanta de la silla va a la ventana y mira hacia afuera. La muchacha está molesta. ¿Cómo se atreve a preguntarle tan cínica y convencionalmente por la que antes llamaba “su familia”? “¿Ustedes son mi familia; de hoy en adelante me los adjudico, son mi padre, mi hermano, mis mujeres, mis hermanas, mis hijas, son parte de mi ser. ¡Cuánta felicidad sintió Leticia entonces, qué agradecimiento!” Y sobre todo ¿cómo puede preguntarle por Francisca? Y ahora se ha ido a la ventana como si Leticia no existiera. Habla en un tono despectivo. “Nadie va a hablar de mi familia en ese tono. Nadie...” Finalmente el sacerdote se vuelve hacia Leticia.

– ¿Y Estanislao?

(Ah no, eso sí que no, con mi papá no se mete, mi papá es hombre, muy hombre, ha estado en la guerra. Leticia se tapa la nariz, luego toda la cara.)

– Mi papá dijo que lo iba a matar a usted.

Su voz suena añiñada. El religioso sonríe burlescamente. “Esto es demasiado.” Leticia piensa con rencor: ¡Qué mala facha tiene cuando sonríe. Es corriente. No es un hombre de mundo!” El padre se acerca.

– Mi pequeña Leticia pareces un gato hurraño y enmarañado igual que el primer día en que te vi. ¿Por qué me habría de querer matar tu padre? ¿Por qué todas las mujeres de tu familia son histéricas? ¿Por qué ninguna de ellas sabe realmente lo que quiere? ¿Porqué han caído de bruces en el suelo ante las tres o cuatro verdades que les dije? ¿Por eso me quiere matar? A ver ¿por qué?”

El sacerdote habla con facilidad, con la misma entonación ligera que ha utilizado hasta entonces. A Leticia le entra un extraño temblor. “Todo es falso. Ya no importa nada. Ya me voy. Tengo que irme. ¿A qué vine?” El eclesiástico se acerca hasta Leticia. La muchacha tiene un movimiento de repulsión imposible de contener, y luego, como si se lo dijera a Sofía en uno de sus pleitos, con su voz más infantil y más dolorida balbucea:

– ¡Usted hace trampas!, ¡Tramposo! ¡Mentiroso! ¡Tramposo! ¡Hipócrita! ¡Hipócritaaaaa!

Grita. El religioso se para en seco. La muchacha lo mira paralizada pero sus labios siguen formulando palabras a pesar de ella misma.

– Usted nos engañó a todos, usted tiene mujeres, usted come huevos antes de comulgar, usted hace sacrilegios, usted no debería ser sacerdote.

El eclesiástico se desploma en su asiento anonadado ante esa voz infantil, chillona, llena de sollozos.

– Mamá me lo dijo. Me enseñó las cartas de Juana. Me las enseñó. Lo sé todo, me lo contaron, también sé lo que usted quiso hacer con Francisca...

El sacerdote alza su cabeza. Murmura:

– ¡Pobre niña! ¿Por qué te han hecho eso?

– Ellas no me hicieron nada. Usted, usted.

– Si ya sé, pero ellas no tenían derecho a contártelo. Al destruirme a mí, han destruido en ti tu libertad... te han destruido también.

Leticia se levanta. Debe irse:

– ¿Padre?

– Sí mi niña.

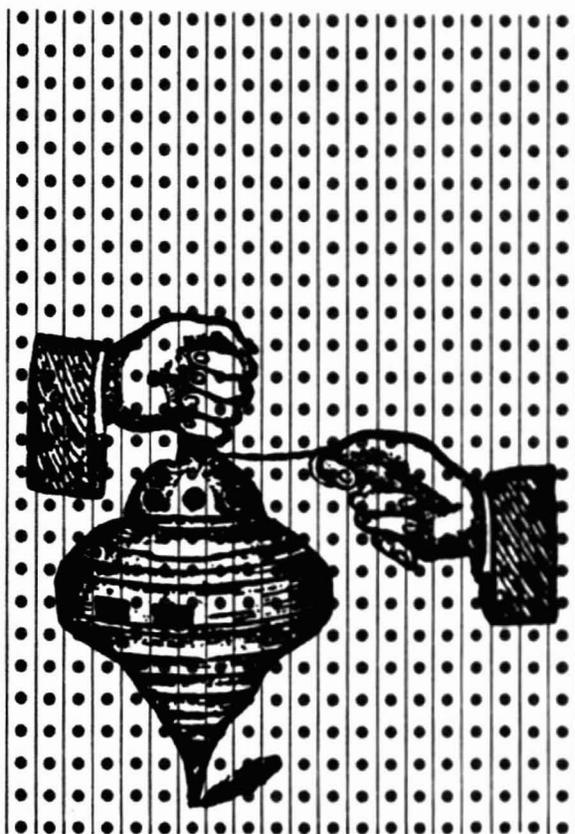
Su voz es la de antes.

– Es hora de que me vaya.

– Mi Blanca tan pura ¿por qué te han manchado? No había necesidad. Yo estoy en el mundo para cuidar a gentes como tú, darles confianza en ellas mismas, darles conciencia del mundo en el que viven, hacerlas vivir... Gentes como tú, Leticia.

– Usted no ha hecho más que mentir.

– Pero Leticia ¿cómo crees que podría ayudarles a todos ustedes, interesarme en sus problemas en el grado en que lo hago si no los conociera profundamente, si no los hubiera experimentado en carne propia?



— Sí, pero usted adquirió un compromiso.

— El único compromiso del hombre sobre la tierra, Leticia, es vivir.

El padre prosigue. Su timbre de voz es extraordinariamente cálido e insinuante. Los círculos sonoros caen unos sobre otros en ondas concéntricas una y otra vez, una y otra vez, palabras que dan vueltas y vueltas, martillando, envuelven a Leticia en una red, el cuarto se llena de palomas verbales que se deslizan en torno a un campanario invisible. El padre ya casi no se ve, sus rasgos empiezan a esfumarse en la noche que cae. La oscuridad protege también los detalles del cuarto, las sillas, el escritorio; se extiende como un manto y sólo permanece la voz; esa voz que la cerca vibrante, la atrapa, le apresa el cuello:

— Hay que vivir y si no pecas, si no te humillas, si no te acercas al pantano no vives. El pecado es la penitencia, el pecado es el único elemento verdaderamente purificador. Si no pecas ¿cómo vas a poder redimirte? ¿De qué te redimes? No pecar es no vivir ¿no lo entiendes? Vive, vive por Dios. ¡Por Dios vive! No vas a seguir apresada por grilletos, retenida, sin alas. ¡Reconoce el pecado! Reconocerlo es ya el primer paso hacia la salvación.

Leticia acierta a decir:

— No lo entiendo padre, no entiendo nada.

En realidad entiende que algo muy grave está sucediendo. Quisiera decirle: "Padre siento que usted me está desgarrando" pero ya para qué, para qué todo. No tiene fuerzas, ni siquiera para limpiarse las lágrimas que ruedan y mojan su cuello, sus manos, su falda escocesa, sus mocasines; sus calzones; todo, ni siquiera para dominar el temblor de sus manos. Un gran sentimiento de desamparo se ha apoderado de todo su cuerpo. Mamá, mamá no me dejes, mamá, ven por mí... No son las palabras del sacerdote las que le afectan tanto como la sensación del abismo, la de un hombre que se debate y habla,

habla, habla para llenar el vacío.

— Estamos solos, Leticia, todos los hombres están solos, hagan lo que hagan, suceda lo que suceda, su historia está trazada de antemano. El único que conoce tu historia es Dios y Dios es un visionario que no puede hablar. Dios conoce tu historia. ¿No te das cuenta Leticia? Conocer tu historia es condenarte, no darte escapatoria. Dios es el culpable de todos los pecados del mundo.

— No entiendo, no entiendo padre.

— Dame tu mano, niña.

El padre se retuerce las manos y retuerce la de Leticia entre las suyas; le hace daño. De cerca, Leticia ve que se le ha distorsionado el rostro. Suda. Durante el día, el calor entró a bocanadas en el cuarto de las visitas privadas y ahora se estanca ahí, ahogado entre las cuatro paredes. Parece caja de resonancias, todo se amplifica; el olor de las colillas apagadas en el cenicero, un olor acre, sudado, crudo, sucio. Leticia se estira, trata de recuperar su mano y ve que su vestido está pegado a su cuerpo como cuando monta a caballo. La cife una malla pegajosa. El padre parece turbina; su aliento cálido llega hasta ella. "Es una caldera que está hirviendo" piensa la muchacha. El padre sigue apagando cigarrillos en el cenicero ajeno a todo. Su desinterés por el bienestar material de los demás es absoluto. Con razón en el retiro nunca se preocupó por saber si estaban cansados o tenían frío. Esas cosas no existen para él. Leticia lo atisba vacilante. El sacerdote sigue masajeando su mano y el deseo ya muerto de huir y seguir escuchando se mezcla con sus sensaciones más recientes. El peligro, el pecado, el obstáculo que su yegua evade, el irónico y lejano llamado del burro, lo híbrido, el descastamiento, la única protesta ante el Creador es descastarse, Dios todopoderoso, Dios culpable, Dios bendito, Dios sábelo todo, Dios benigno, Dios que crea y da la vida, la vida que engendra el pecado, el castigo y la redención. Vivir, hibridizarse, pecar y redimirse, vengarse de Dios, cumplir sus designios inexorables, inescapables, oh cuánto sufrimiento hay en el hombre, oh cuánto dolor cabe en tan poquito, qué ávido, cómo se concentra en un instante, muerde con un golpe seco, como su mano que ahora el sacerdote ha llevado a sus labios ¿irá a morderme? Detrás del sacerdote la imagen de Cristo se transforma en una máscara burlona que desprecia, el Cristo babea, enseña los dientes, los pela como un can dispuesto al ataque, sus ojos llorosos titubean; están en blanco, babea; su baba escurre, le abre la boca, se la afloja hasta volverla molusquieta. El sacerdote no deja de hablar a pesar del aire irrespirable y las palabras siguen girando, girando estrellándose ciegas contra los muros, girando a golpe y golpe, vuelta y vuelta, vivir, vivir, hay que vivir, descastarse, vivir, híbrido, vivir, híbrido, vivir, vi... vir... vi... vir... vi... vir... hí... bri... do, vi... hí... bri... do... vi... vir... vi... vir...